

El mal tiene motivos que la razón desconoce: la narrativa policial de Carlos Tromben

Patricia POBLETE ALDAY

Universidad Academia de Humanismo Cristiano

RESUMEN

El crimen en las novelas del chileno Carlos Tromben desborda los campos de lo «institucional público» y lo «pasional privado» para reencontrarse con los orígenes históricos del género, rescatando elementos de la novela de misterio y de terror gótico. Con ello no sólo se cuestiona a la razón como vía capaz de llevarnos a la verdad y de reestablecer el orden alterado por el crimen, sino que también se propicia una reflexión acerca de las relaciones atávicas entre el mal, el esoterismo y la estética.

Palabras clave: Novela policial chilena, perversidad, esoterismo.

Evil has motives unknown by the reason: Carlos Tromben's criminal narrative

ABSTRACT

Criminality written on Carlos Tromben's novels goes beyond "institutionality/public" and "private/passion" areas to come back to the basis of the policial style, using elements of the mystery novel and gothic terror. This not only questions the rationality as the way to take us to the truth and to reestablish the order after the crime, but also allows a reflexion about the atavic relationship between evil, esoterism and aesthetic.

Key words: Criminal chilean novel, perversity, esoterism.

Hablar de novela policial chilena es remontarnos básicamente a los últimos 25 años de literatura nacional. Por supuesto, esto no significa negar la existencia de escritores y obras que ya desde comienzos del siglo XX coquetearon, con más entusiasmo que inspiración¹, primero con la novela de enigma y luego con la negra. Pero no es sino hasta la década de 1980 que –boom de la Nueva Narrativa mediante– un grupo de autores chilenos comenzó a cultivar de forma sistemática la novela policial de vertiente norteamericana o negra. Con este grupo de autores, encabezados por Ramón Díaz Eterovic, nos situamos dentro del *neopolicial hispanoamericano*, entendido como un género que tensiona en su propia estructura la ideología y la política, poniendo un especial énfasis en la reapropiación crítica del pasado. En palabras de Díaz Eterovic, esta narrativa:

¹ Según Donald Yates las primeras novelas policiales chilenas no aportan nada al género, salvo situar la acción en un escenario nacional. Ver Yates, 1963.

[...] reflejaría la situación del hombre contemporáneo inmerso en sistemas donde prevalece la lucha por la emulación económica, el individualismo, la pérdida de credibilidad en la justicia y la corrupción de sus agentes, la marginalidad y el miedo como instrumento de coerción política (Díaz Eterovic, 2006 b)

Al tematizar la realidad sociohistórica del país, la verdad y el crimen revelados por la investigación en estas novelas se transforman en una realidad histórica y política, que enjuicia al Estado mismo, a su sistema judicial y a sus representantes. Es por ello que Clemens Franken, en su estudio sobre la novela policial chilena, identifica en esta época una vertiente de «crimen institucional público», en la que se pone en escena la violencia ejercida por los organismos estatales de seguridad durante el régimen militar. A esta vertiente adscribirían autores como Roberto Ampuero, Luis Sepúlveda, Jaime Collyer, Marco Antonio de la Parra, José Román y el citado Díaz Eterovic (Franken: 9 y ss).

Luego, en la época de transición democrática que inauguran los 90, el relato policial chileno expondrá, en palabras de Miriam Pino, «la falta de desmantelamiento del aparato represivo, y la continua intervención de la institución estatal en las vidas privadas» (Pino, 2006), dando cuenta de un clima de decepción y descontento, y llevando el foco del delito hacia la intimidad de las personas. Las novelas de esta época postdictatorial se centran en los crímenes pasionales, tematizando la violencia presente en las relaciones familiares y de pareja (Franken: 9 y ss.). Aquí encontramos novelas como *Stradivarius penitente* (Alejandra Rojas, 2000), *El labio inferior* y *La mujer del policía* (Sergio Gómez, 1997 y 2000), *Nuestra señora de la soledad* (Marcela Serrano, 1999), *La bella y las bestias* (Darío Osses, 1997), entre otras.

Sin embargo, con posterioridad a los estudios referidos la lista de autores policiales chilenos ha ido engrosándose. Uno de sus más recientes miembros es Carlos Tromben (Valparaíso, 1966), ingeniero comercial de profesión, quien saltó a la luz pública tras ganar en el año 2003 el prestigioso Premio Revista de Libros con la novela *Poderes fácticos*. Dos años más tarde, publica *Prácticas rituales*, ambientada cronológicamente antes que la acción desarrollada en su *ópera prima*. Ambas obras, si bien se inscriben por sus rasgos formales dentro de la tradición heredada de la novela negra, plantean una distancia respecto a ésta al reengazar el misterio policial con lo que Narcejac considera sus orígenes históricos, esto es la magia y el ocultismo (Narcejac, 1970). Esta opción supone, al menos, dos consecuencias: la primera es ontológica y se refiere a la imposibilidad de aprehender el sentido último del delito; la segunda es estética, y nos remite al Thomas De Quincey que proponía el crimen no sólo como un reto a la razón, sino sobre todo como un macabro canto a lo sublime.

El caso policial en *Poderes fácticos* es un doble homicidio: el famoso pintor Víctor Bluhm y su pareja Ingrid Müller son encontrados muertos en un edificio de la calle Rosal, en el centro de Santiago.² A medida que la investigación avanza aparece un falso Caravaggio, un alemán tan loco como místico, se revela que Ingrid era en realidad un travesti (o «hermafrodita», como lo llama el narrador), y finalmente

² El caso es real, y en esta novela es ficcionalizado por Tromben.

aparece en sus vías respiratorias un extraño anillo, en cuya superficie hay una daga estampada, de la que salen dos ramas de laurel, rayos y una leyenda en letras góticas. Este objeto, el Anillo de Cthule, resulta ser un ejemplar de colección y su símbolo un escudo de armas de una logia secreta relacionada con el nacionalsocialismo, además de ser el móvil último del crimen.

En *Prácticas rituales* la pesquisa gira en torno a la desaparición de Ugo Höffelin, ciudadano italiano residente en Chile, aficionado a la antropología, las sectas y al andinismo. Su hermana Adelina y las cabezas de los clubes de alpinismo que operan en el país se ven entrampados en una conspiración internacional llena de huidas y suplantaciones de identidad, donde se congregan cazadores de nazis, judíos estafados y hasta el mismísimo Aleister Crowley, el mago y ocultista más famoso del siglo XX.

Ambas novelas son protagonizadas por el detective José Joaquín Palma, *Jota* para los amigos, profesor de oficio y poeta frustrado. «Triste en la pendiente, solitario y ya vencido» (Tromben, 2003:65), asume el desengaño del mundo con una resignación lúcida y digna, que es producto tanto de los años vividos como de sus orígenes humildes. Jefe meramente nominal de una familia desmembrada –su mujer ha optado por ser madre antes que esposa, y cuando no lo ignoran, sus dos hijos lo tratan pésimo– su única compañía real es su gato Nerón. Calza, en términos generales y sin demasiado esfuerzo, con el paradigma del detective de novelas negras perfilado por Raymond Chandler:

Debe ser, para usar una frase más bien trajinada, un hombre de honor por instinto, por inevitabilidad, sin pensar, y por cierto que sin decirlo. [...] Es un hombre relativamente pobre, porque de lo contrario no sería detective. [...] Es un hombre solitario, y su orgullo consiste en que uno le trate como a un hombre orgulloso o tenga que lamentar el haberle conocido. (Chandler: 215-216)

Y sin embargo, J. J. Palma no es un detective *privado*, sino que pertenece a las filas de la Policía de Investigaciones. Es, por tanto, un funcionario público, un *tira*, como se les llama en Chile a este tipo de agentes, y con esta filiación Palma se desmarca del común neopolicial hispanoamericano, donde al ser un símbolo de la represión y la corrupción estatal, el policía no puede ser sino un villano. Muy por el contrario, Palma es un buen hijo de vecino, un empleado común que parte cada día a ganarse el pan como todo el mundo, irradiando «un aire a ciudadano y mequetrefe» (Tromben, 2005:34). En una entrevista a propósito del premio Revista de Libros por su primera novela, el autor explica esta opción no sólo por la estética romántica y barriobajera del «tira»,³ sino además por la reconocida filiación masónica que éstos tienen en Chile (Cárdenas: 6-8), lo que nos devuelve a la cuestión central de este estudio: el engarce entre la novela policial y lo esotérico.

J. J. Palma no sólo es masón, sino que además es oriundo de Chiloé, isla situada al sur de Chile y famosa por su rica mitología. Esto permite que la voz narrativa

³ Antes que Tromben, la figura del policía institucional había sido explotada por René Vergara, ex-director de la Brigada de Homicidios de Chile y padre literario del inspector Carlos Cortés.

establezca símiles entre figuras y situaciones específicas, como cuando en *Poderes fácticos* se compara el cadáver del travesti sumergido en la bañera con la *Pincoya* —especie de sirena que según los antiguos chilotes augura una buena pesca— o cuando en *Prácticas rituales* se establece, de forma mucho más sutil, un paralelo entre el tráfuga Ugo Höffelin y el *Escamado*, un marinero zombie, alemán u holandés, que habría muerto ahogado en uno de los canales del archipiélago sureño. Pero además de estos parangones de carácter particular, las obras de Tromben generan marcos interpretativos generales que homologan la sabiduría popular, basada en instintos y supersticiones, con los sistemas nacionalistas de poder que se justifican apelando a la razón y la ciencia:

La mitología chilota es ordenamiento y resistencia... El personaje del brujo es central en la estructura social de la Isla. Un individuo que maneja el tabú, organiza el rito y se legitima al interior de una logia de acceso restringido [...] Los brujos son los poderes fácticos de la Isla, su presencia es tabú, su poder es equivalente o superior al del Estado. (Tromben, 2003: 43)

En otras palabras, la Isla de Chiloé y su mitología funcionan aquí como alegoría jibarizada del orden institucional chileno, acaso universal, que en sí misma desacredita la pretendida racionalidad (y probidad) de las estructuras de dominio, ya sea a nivel público o privado.⁴ Prueba de ello es que son estos mismos «poderes fácticos» los que más temprano que tarde impedirán que la verdad salga a la luz, corriendo un tupido velo sobre los crímenes cuyas implicancias más profundas pueden desestabilizar el orden político y social. Por este motivo, que el inspector Palma descubra la verdad no significa que ésta se revele ni que los culpables sean castigados, y el propio Palma está tan consciente de ello, que tras concluir su trabajo sabe exactamente qué sucederá con el expediente del respectivo caso: «los poderes fácticos lo bloquearán, lo mutilarán, silenciarán a testigos y harán desaparecer documentos» (Tromben, 2003:193). Porque, como se afirma en *Prácticas rituales*: «así son las cosas en este país. Se pierden en la noche, se atascan en los tribunales, los diarios se olvidan y después ya nadie se acuerda.» (Tromben, 2005:121).

Aquí nos encontramos con la misma situación que prevalecía en las que Franken llama «novelas de crímenes institucionales», esto es:

el detective a menudo descubre la verdad [...] pero a causa de las circunstancias políticas, sociales y culturales imperantes [...] no logra que se imponga esta verdad y que los culpables sean juzgados y encarcelados. (Franken: 257-258)

Con una diferencia capital: en las novelas de Carlos Tromben las manos que blanquean las páginas de crónica roja no provienen de los organismos institucionales, sino que pertenecen a grupos de poder no oficial, que perduran ocultos tras las sombras de la legalidad y manejan con soltura los hilos de la justicia y los *mass*

⁴ Es sintomática la posición denigrada de Palma en relación a su esposa e hijos: la tradicional chapa de «jefe de familia» en su caso no sólo le queda grande, sino que parece un chiste cruel. Separado de su mujer y luego viudo, sus hijos oscilan entre la rebelión de la adolescencia y la indiferencia indolente.

media. Los «poderes fácticos» vienen a encarnar un orden otro, *arcano* en su doble acepción de fuerza *antiquísima* y también *misteriosa*.

En *Prácticas rituales*, Tromben atribuye esta función a los distintos clubes de montaña binacionales que operan en Chile, y que tejen retorcidas intrigas para encubrir el supuesto asesinato de Ugo Höffelin, desaparecido en las cumbres del valle central. El poder de estas organizaciones es tan grande, que no sólo logran paralizar la investigación, sino que además pueden mover las fichas necesarias para enlodar la brillante carrera del joven juez Arrate Brown. La moraleja es clara, y no deja dudas respecto a la fragilidad y a la inoperancia de los marcos legales frente a estos «poderes fácticos». Huelga decir que también aquí el caso se resuelve en el ámbito privado (esto es, para el investigador y para el propio lector), pero jamás llega a fallarse en la esfera pública de lo judicial. En este sentido, el comentario de César Aira respecto a *Poderes fácticos* vale también para *Prácticas rituales*: «Si esta excelente novela tuviera una tesis, podría formularse así: todo termina por saberse, ningún secreto sigue siendo secreto por siempre... y la revelación no cambia nada.» (Cárdenas: 7).

Así como los «poderes fácticos» marcan la imposibilidad de hacer justicia, supe- ditando el orden legal a fuerzas desconocidas que se sitúan más allá del bien y del mal, el crimen mismo también desborda los márgenes de la razón para convertirse en una «práctica ritual», acaso pagana, que se repite en espiral y donde sólo cambian las caras y los decorados. En *Poderes fácticos* el germen del doble asesinato se encuentra en el delirante intento de un anciano alemán (Weissmann) por aunar ciencia y misticismo, para lo cual convierte su villa sureña en una suerte de «laboratorio místico».⁵ En la siguiente novela, la pieza perdida del intrincado puzzle criminal conecta con el discreto paso por Chile de Aleister Crowley. Cincuenta años después, los coletazos de esta visita se observan en la sede de uno de los clubes de alpinismo –supongo que el motivo ascensional no es gratuito– donde sus dirigentes invocan en estado de trance a un ser innumerable que acaba materializándose como una momia. Es significativo que el personaje de Dauno Zelaya relate estas sesiones treinta años después desde un centro psiquiátrico, donde ha ido a parar perturbado por sus recuerdos, pero incapaz de darles una explicación lógica.

Y es que tanto la lógica como la mecánica del crimen permanecen inaprensibles para las personas comunes, porque emanan desde lo esotérico y lo mágico, ese ámbito que *illud tempus* daba orden a mundo y una vez abolido por la ciencia se volvió sobre sí mismo, hermético. En el presente sólo algunos privilegiados tienen acceso a esa teogonía y a sus prácticas rituales: Höffelin es uno de ellos, por lo que puede realizar «proezas y vilezas con el mismo espíritu de conquista esotérica que acompañaba su vida.» (Tromben, 2005: 128), y hasta plasmar estas iluminaciones a través de la poesía. Su libro «Cadáver» abunda en nombres y figuras mitológicas, alusiones cabalísticas y tarotísticas que parecen refutar todo lo científico que él mismo había escrito hasta ese entonces. Por eso su poética no puede ser sino «de una

⁵ Es bastante reconocible aquí la figura de Paul Schaeffer, alemán radicado en Chile y fundador de Colonia Dignidad, una hermética hacienda situada al sur del país donde se cometieron violaciones a los derechos humanos y abusos sexuales a menores, tal como hace Weissman en la novela de Tromben.

metafísica demente, centrada exclusivamente en signos de pureza, poder y regeneración» (Tromben, 2005: 152); y su figura no puede dejar de recordarnos al también poeta Aleister Crowley. Como Höffelin, el ocultista inglés vivió toda su vida saltando de país en país para huir de la justicia, ya que «el hombre más perverso del mundo», como fue llamado por la prensa de la época, no dejó crimen sin cometer. Como Höffelin –tal como se menciona en *Prácticas rituales*– Crowley era un avezado montañista y un escritor multifacético. Finalmente, como Höffelin, y como el mismo inspector Palma, Crowley fue masón: en 1898 ingresó a la orden del Golden Dawn, que había sido fundada diez años atrás por los masones Samuel Liddell MacGregor y William Wynn Westcott, y en 1910 fue nombrado Gran Maestre de la Logia Ordo Templis Orientis (OTO).⁶

Al ser masón, J. J. Palma es también un iniciado, y por eso es capaz de resolver los casos que se le encomiendan. No olvidemos que parte del ritual de iniciación masónico consiste en recrear un crimen, una muerte y una resurrección, por lo que nuestro detective cuenta con más herramientas que la simple investigación formal para hacer su trabajo. Aunque con espíritu e intenciones distintas, Palma se mueve del mismo lado que los criminales: en los bordes de los misterios atávicos, por lo que puede comprender el crimen en su dimensión de «práctica ritual». En este sentido, el personaje de Cristián Ortega –presente en ambas novelas– encarna el intento positivista de reestablecer el orden social por medio del raciocinio humano, ese afán tan caro a la novela anglosajona de intriga. Ortega aparece en *Poderes fácticos* como un estudiante de sociología recién llegado de Europa, y su intento por englobar el crimen bajo una tesis unificadora y homogénea que dé cuenta de la realidad chilena es tan endeble como su propio temperamento.

El delito se sitúa, entonces, en las antípodas del raciocinio, pero no porque sea ilógico, sino todo lo contrario: el crimen siempre tiene un sentido que la razón desconoce, ya que germina en los dominios del mal arcano e indecible, y sigue sus derroteros con precisión litúrgica, como si se tratara de una misa negra. El entorno y sus poderes ocultos no sólo encubren el crimen dejando impunes a sus autores, sino que el país entero sucumbe a la nigromancia colectiva haciéndose cómplice por omisión, porque aunque se dice que los chilenos respetan la ley y el orden, «también nos tienta lo oscuro, lo poderoso y lo vital.» (Tromben, 2005: 270),⁷ y en ese punto la línea divisoria entre la concepción cristiana del libre albedrío y la «ley de Thelema» de Crowley, se hace demasiado delgada.⁸

⁶ Para una discusión sobre los nexos entre masonería y ocultismo, ver el artículo de César Vidal: «¿Existe alguna relación entre la masonería y el ocultismo?», en <http://findesemana.libertaddigital.com/articulo.php/1276229665>.

⁷ Llamativa, por lo menos, resulta la adicción de los televidentes chilenos a la famosa serie de vampiros *Sombras tenebrosas*; afición que se menciona en repetidas ocasiones en *Poderes fácticos*, particularmente por la figura de Barnabás Collins.

⁸ En la filosofía de Crowley el concepto del bien y del mal se basa en la premisa de que ningún acto es virtuoso en sí mismo, si no hace referencia a la voluntad verdadera de la persona que se propone desarrollarlo. Con este grado de relatividad, resulta evidente que nos encontramos ante un *laissez faire* moral que tolera y hasta propicia el crimen.

Ciertamente, esta atracción por lo desconocido no es privativa de la idiosincrasia chilena, sino más bien parte esencial de la condición humana. Sin embargo, esta cita me permitirá indagar en un último aspecto de la narrativa de Tromben, que se pregunta precisamente por la identidad chilena en relación con el crimen. Es significativo que los «agentes del mal» sean siempre extranjeros, y lleguen a Chile a inocular el germen del delito: Weissmann es alemán, Höffelin es italiano, Crowley es inglés. El hecho de que en la jerarquía del delito los chilenos sólo cumplan funciones mediadoras podría conducirnos a una identificación xenófoba del mal con lo foráneo, con lo que llega de fuera de nuestras fronteras para contaminar nuestra pureza utópica.

En una conversación con el autor, le planteé esta lectura, y aunque no negó su viabilidad prefirió explicar la «otredad geográfica» del mal en términos estéticos, apelando a esa «dialéctica del chileno» que se menciona en su primera novela: «la derrota que es triunfo moral, la victoria que es victoria pírrica» (Tromben, 2003: 68). Es decir, según Tromben la concepción y la ejecución del mal que le interesaba retratar exigen una mezcla de pericia, sangre fría y elegancia que en su opinión no se encuentra en el modo de ser chileno, más cercano a la moral del perdedor que a la del «asesino dandy», finísimo y grandilocuente.⁹ Identifico esta postura con el «ancestral sentido de fatalismo» que Enrique Volpe subraya en el espíritu del criminal criollo, y que se traduce en una total indiferencia en el matar o en el morir, ya que se parte de la premisa de la derrota (Volpe, 2006).

Este es uno de los aspectos que más asombra a Franken en su citado estudio sobre la narrativa policial chilena. Para él, la mayoría de los autores considerados en su investigación, si no todos, plasman en sus obras una imagen negativa del país y de sus compatriotas: Chile es considerado una zona de clima frío, ventosa y estéril, «donde hasta la lluvia está asociada a la miseria y al barro» (Franken: 261), mientras que a los chilenos se los percibe, desde el punto de vista cultural, «como poco auténticos, pasmados y grises, cobardes e hipócritas y, sobre todo, con una débil identidad cultural en comparación con países como Cuba o México» (Franken: 261).

Sin ir tan lejos, lo que las novelas de Tromben postulan es una cierta incapacidad orgánica del chileno para perpetrar crímenes estilizados. El mal, parafraseando una línea de *Prácticas rituales*, sólo pueden hacerlo los estetas. Por eso, en la novelística policial de este autor sus compatriotas están condenados a cumplir los roles de víctimas, chivos expiatorios (el pintor Víctor Bluhm, Arrate Brown), de fautores (el hijo de la dueña de un *topless*, Dauno Zelaya) o de simples asalariados que buscan infructuosamente la verdad, sabiendo que aunque la encuentren nunca se hará pública (los periodistas Rosamel González Mora y el Indio Góngora, y el mismo inspector Palma).

Esta categorización obliga a readecuar las clásicas definiciones de la novela negra. Aquí continúa siendo «una contemplación crítica de la sociedad desde la perspectiva del fenómeno criminológico» (Coma: 41), pero se permite –dentro del neopolicial hispanoamericano– preguntarse por las propias identidades nacionales en un subcontinente que se desgarrar por la tensión entre un pasado que se trata de

⁹ En conversación con el autor, octubre 2006.

olvidar y una prometida modernidad que no acaba de instalarse. Tromben se hace cargo en su narrativa de las heridas y contradicciones del Chile de la segunda mitad del siglo XX, reconstruyendo la realidad del país a través de una detallada labor de documentación. En *Poderes fácticos* la acción se sitúa en los turbulentos meses previos al golpe militar de 1973, y se pincela con habilidad el ambiente enrarecido por las protestas, las colas y el racionamiento, el «tanquetazo» del 29 de junio, las calles abiertas como venas por las retroexcavadoras que construyen el tren subterráneo. Para el escritor Alberto Fuguet –quien junto a César Aira fue jurado en el concurso Revista de Libros en su versión 2003– *Poderes fácticos* retrata de manera notable el destino de un país que se está hundiendo y no lo sabe (Cárdenas: 6). En *Prácticas rituales*, tras una breve apertura en 1999, la acción retrocede tres décadas para situarse al final del gobierno de Frei Montalva, en un Chile estriado por las huelgas, la inflación y los grupos armados compuestos por jóvenes de la alta burguesía que combaten el inminente triunfo socialista. La ambientación completa el recurso al habla propia del chileno de clase media-baja, y la reproducción de avisos publicitarios y titulares periodísticos de la época, que hacen un guiño a la picardía y al ingenio propios de la idiosincrasia nacional:

Parece que hubo una *fiestoca*, con *pichicata* y *cacheteo*, y ella estaba en la tina bañándose cuando la mataron. En apariencia un *cagüín* pasional... (Tromben, 2003: 53)
Suéltese una papita, profesor. ¿Era o no era *colipato* el *muñeco*? (Ibid: 80)

Todo Chile comenta nueva revista del *Picaresque* (Ibid: 76), En pocas horas más su destino puede cambiar: compre *Polla* hoy. (Ibid: 83)

El transformista Manuel Lagos, «Tatiana», dijo: «Los hombres son perversos, pero son muy sabrosos» (Ibid: 103), Linda *chiva* de dos gringos *frescos*: ¿Quiere ver burros azules? Vendían papel impregnado en LSD a 2 *melones* y medio el pedacito. (Ibid: 49)¹⁰

Retomando la operación de ajuste entre las definiciones en torno a la novela negra y las obras de Tromben, debemos considerar que en estas últimas, si bien el lector percibe que el conflicto no termina con el descubrimiento del criminal «ya que las causas del crimen se encuentran, la mayoría de las veces, en la base misma del sistema social» (Gutiérrez: 330) el origen del delito no se halla en las instituciones oficiales –como en novela negra heredada del modelo estadounidense– sino en los dominios de lo *arcano* (entendido como conocimiento ancestral y a la vez hermético), y éstos son *supranacionales*, *suprarracionales* y *suprahistóricos*. Con ello, esta narrativa cuestiona no sólo la capacidad de llegar hasta la verdad última, sino además pone de manifiesto la insuficiencia de la razón para reestablecer el orden quebrantado con el crimen.

¹⁰ *Fiestoca*: fiesta, celebración. *Pichicata*: droga. *Cacheteo*: orgía. *Cagüín*: enredo, lío. *Soltar una papita*: contar una primicia. *Colipato*: homosexual. *Muñeco*: hombre. *Picaresque*: famoso teatro chileno que montaba revistas de vedettes. *Polla*: juego de azar chileno. *Chiva*: mentira. *Fresco*: abusador, sinvergüenza. *Melones*: millones. Las cursivas en los textos citados son mías.

Quizás la mejor forma de comprender esta narrativa sea a través del modo en que Mempo Giardinelli concibe la novela negra: como un situarse del otro lado del espejo, allí donde anidan los aspectos más sórdidos de nuestra cotidianidad (Giardinelli, 2006).

Y comprender esto es aceptar que la alquimia por la cual el mal transmuta en crimen no sólo es un proceso velado para nuestra mente estándar, sino que por lo mismo el detective en estas novelas se convierte en un precario aprendiz de brujo, incapaz de revertir la inseguridad y la angustia de la ciudadanía.¹¹ Así hace sentido la irresolución final de algunos aspectos de importancia en cada crimen: ni el inspector Palma ni nosotros, como lectores, terminamos de saber el paradero del Anillo de Cthule y del supuesto Caravaggio (*Poderes fácticos*), así como también le perdemos la pista al hijo chileno de Crowley y a la mayoría de los miembros de la secta satánica (*Prácticas rituales*).

Las novelas policiales de Carlos Tromben han sido etiquetadas bajo el rótulo de «thriller místico-político» (Montañés: 35), y esa calificación no resulta del todo inadecuada luego de revisar sus aspectos más llamativos. Esta narrativa nace al alero del neopolicial hispanoamericano y se identifica con sus códigos –particularmente en lo que refiere al desengaño existencial del detective y a la crítica sociopolítica– pero además bordea los márgenes históricos del propio género para reencontrarse con sus orígenes en las novelas de misterio y terror gótico/esotérico. Creo que esta conjunción no sólo constituye un feliz hallazgo, sino que además funda un mundo narrativo polisémico, lleno de puertas misteriosas y pasadizos secretos capaces de llevarnos hasta allí donde el valor nos acompañe.

BIBLIOGRAFÍA

Analítica

TROMBEN, Carlos

2003 *Poderes fácticos*. Santiago de Chile, El Mercurio/Aguilar.

2005 *Prácticas rituales*. Santiago de Chile, Alfaguara.

Teórica

BENOIT, Claude.

1983 «El regreso del detective privado», en *Los cuadernos del norte*, Año IV, N° 19, mayo/junio, pp. 46-59.

DÍAZ ETEROVIC, Ramón

1993 «La novela negra: Crónica de la sociedad actual», en *Revista Punto Final*, Santiago de Chile, octubre, pp. 18-19.

¹¹ Para una discusión sobre la novela policial como escudo moderno contra la angustia y la incerteza, véase Vázquez de Parga, 1981.

2006a «Una mirada desde la narrativa policial», en <http://www.letras.s5.com/ete-rovicramon.htm>, consulta 18/05/2006¹²

2006b «La narrativa policial chilena desde los años 80 en adelante», en <http://gangsterera.free.fr/RepNPchilena.htm>, consulta 17/05/2006.

COMA, Javier

1983 «La novela negra», en *Los cuadernos del norte*, Año IV, N° 19, mayo/junio, pp. 38-45.

FRANKEN, Clemens

2003 *Crimen y verdad en la novela policial chilena actual*. Santiago de Chile, Universidad de Santiago de Chile.

CHANDLER, Raymond

1986 *El simple arte de matar*. Barcelona, Bruguera.

GIARDINELLI, Mempo

2006 «La otra cara del espejo», en <http://www.letrasdechile.cl/mgn.htm>, consulta 19/05/2006 (*)

GARCÍA CORALES, Guillermo

1999 «Nostalgia y melancolía en la novela detectivesca del Chile de los noventa», en *Revista Iberoamericana*, enero-marzo, 81-87.

GUTIÉRREZ, Francisco

1981 «Caracterización del personaje en la novela policíaca» en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 371, mayo, pp. 320-337.

LAFFORGUE, Jorge y RIVERA, Jorge

1996 *Asesinos de papel: ensayos sobre narrativa policial*. Buenos Aires, Colihue.

NARCEJAC, Thomas

1970 *La novela criminal*. Barcelona, Tusquets.

PINO, Miriam

2006 «El relato policial en América Latina» en <http://www.letrasdechile.cl/mpi-non.htm>, consulta 19/05/2006¹³

SEPÚLVEDA, Magda

1997 «Del género policial», en Rodrigo Cánovas: *Novela chilena: nuevas generaciones*. Santiago, Universidad Católica de Chile, pp. 107-121.

¹² Textos presentados en el Encuentro de Narrativa Policial Latinoamericana, celebrada en Santiago de Chile entre los días 17 y 19 de abril de 2002.

¹³ *Ibid.*

VÁSQUEZ DE PARGA, Salvador

1981 *Los mitos de la novela criminal*. Barcelona, Planeta.

VIDAL, César

2005 «¿Existe alguna relación entre la masonería y el ocultismo?», en <http://findesemana.libertaddigital.com/articulo.php/1276229665>, consulta 1/12/2006

VOLPE, Enrique

2006 «El hombre enfrentado a su tiempo», en <http://www.letrasdechile.cl/evn.htm>, consulta 19/05/2006¹⁴.

YATES, Donald

1963 «La novela policial en las Américas», en *Temas culturales*, 3:13. Buenos Aires, pp. 3-15.

Referencias críticas

CÁRDENAS, María Teresa

2003 «Carlos Tromben: El crimen como pretexto», en *Revista de Libros de El Mercurio*, Santiago de Chile, 27/09/2003, pp. 6-8

MARKS, Camilo

2005 «La consigna es acción», en *Revista de Libros de El Mercurio*, Santiago de Chile, 04/11/2005, p. 3.

MONTAÑÉS, Vicente

2003 «Una novela color de hormiga», en diario *Las Últimas Noticias*, Santiago de Chile, 17/12/2003, p. 35.

PIÑA, Juan Andrés

2004 «Libros: Poderes fácticos», en *Revista Caras*, Santiago de Chile, 16/01/2004, p. 140.